

ningún sentimiento de pasión contra los que lo han combatido. Su deber ha sido, y es, pesar las exigencias de la justicia con todas las consideraciones de la benignidad. La templanza de su conducta en todos los lugares donde ha residido, ha demostrado su deseo de moderar en lo posible el rigor de la justicia, conciliando la indulgencia con el estrecho deber de que se apliquen las leyes, en lo que sea indispensable para afianzar la paz y el porvenir de la Nación.

“Mexicanos: Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos á obtener y á consolidar los beneficios de la paz. Bajo sus auspicios, será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades para los derechos de todos los habitantes de la República.

“Que el pueblo y el Gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos, como entre las naciones, *el respeto al derecho ajeno es la paz.*

“Confiemos en que todos los mexicanos, aleccionados por la prolongada y dolorosa experiencia de las calamidades de la guerra, cooperaremos en lo de adelante al bienestar y á la prosperidad de la Nación, que sólo pueden conseguirse con un inviolable respeto á las leyes, y con la obediencia á las autoridades elegidas por el pueblo.

“En nuestras libres instituciones, el pueblo mexicano es el árbitro de su suerte. Con el único fin de sostener la causa del pueblo durante la guerra, mientras no podía elegir sus mandatarios, he debido, conforme al espíritu de la Constitución, conservar el poder que me había conferido. Terminada ya la lucha, mi deber es convocar desde luego al pueblo, para que sin ninguna presión de la fuerza y sin ninguna influencia ilegítima, elija con absoluta libertad á quien quiera confiar sus destinos.

“Mexicanos: Hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear, viendo consumada por segunda vez la independencia de nuestra patria. Cooperemos todos para poder legarla á nuestros hijos en camino de prosperidad, amando y sosteniendo siempre nuestra independencia y nuestra libertad.

“México, Julio 15 de 1867.—*Benito Juárez.*



## EPÍLOGO.

A grandes rasgos y de la mejor manera que nos ha sido posible, hemos narrado los principales acontecimientos de una época tan notable en nuestros fastos contemporáneos.

La Intervención extranjera y el establecimiento del llamado Imperio, que fué como su legítima consecuencia, son hechos de mucha importancia y de trascendencia suma, que prestan amplia materia para el estudio serio, así del filósofo y el moralista, como del político y el sabio: la intentona de Napoleón III, de querer arrebatar su libertad y autonomía á un pueblo débil, que en nada le había ofendido, fué un acontecimiento inicuo, reprobado unánimemente por la conciencia universal, y que debía ofrecer como frutos amargos, el desprestigio de la nación invasora y la muerte trágica de un Príncipe desgraciado, víctima de una desatentada ambición, y de las falaces promesas de un aliado pérfido, que no tuvo inconveniente en sacrificarlo, abandonándolo á las terribles consecuencias de una situación que le fué imposible dominar.

Destruído ese poder efímero, aborto nefando de la política napoleónica, la Nación mexicana, merced á su valor, á su constancia y á la fe inquebrantable que siempre tuvo en la justicia de su causa, vino á ocupar el lugar que le correspondía en el concierto de los pueblos soberanos: el falso concepto que se tenía acerca de su vitalidad, de su poder y de su fuerza, y que sólo le había merecido el desdén y hasta el desprecio de los déspotas europeos, vino á quedar desmentido de una manera elocuente y victoriosa, por el resultado feliz de esa grandiosa epopeya de la guerra contra la Intervención y el Gobierno del llamado Imperio.

Dura fué la prueba, pero opimos y espléndidos los frutos que ella nos dejó, obtenidos por el sacrificio y depurados en el crisol del martirio.<sup>1</sup>

Para que México fuera respetado por el extranjero criminal, astuto y codicioso; para que el derecho y la justicia llegaran á ser una verdad tratándose de su pueblo vilipendiado y escarnecido, se necesitó del patriotismo y abnegación de ese mismo pueblo, que sin contar el número de sus enemigos, ni tener en cuenta los poderosos elementos de guerra con que éstos contaban, se dirigía impávido á la pelea, en defensa de su libertad, de su honor y autonomía.

“En épocas de triste recordación, el solo nombre de un barco de guerra, nos llenaba de terror: el anuncio de la venida de una escuadra se consideraba como una terrible calamidad, y la nota insolente de un ministro extranjero bastaba para destruir las mejores combinaciones hacendarias.” “Eran las olas del mar que se suceden eternamente las unas á las otras, y siempre estábamos amenazados y acongojados por el enojo de S. M. C., por el disgusto de S. M. B. ó por la cólera del Rey ó del Emperador de los franceses, y esperando de momento á momento ver bloqueados nuestros puertos ó bombardeado otra vez el viejo Castillo de San Juan de Ulúa. No era vida sino agonía.”

“Día por día, y año por año, nuestra reputación nacional á causa de los informes de los ministros, de las relaciones de los viajeros, de las cartas de los aventureros que venían de intento á formular *reclamaciones* semejantes á la de la mina imaginaria Gardiner, fué apareciendo bajo un aspecto tan desagradable, tan sombrío, que el juicio

1 Don Basilio Pérez Gallardo, en un interesante opúsculo que publicó referente á las operaciones de guerra verificadas en el país desde Marzo de 1863 hasta Junio de 1867 en que fué ocupada la Capital de la Nación por las tropas republicanas, hace una cuenta pormenorizada del número de muertos, heridos y prisioneros habidos en los campos republicano é imperialista, y solamente de mexicanos, durante ese lapso de tiempo, y de ese estudio aparece el siguiente resumen: 1,020 acciones de guerra: republicanos puestos fuera de combate, entre muertos, heridos y prisioneros, 73,037; imperialistas, 12,109.

La desproporción que resulta entre el número de víctimas de ambas cifras, procede seguramente de que los datos fueron tomados en fuentes oficiales de procedencia imperialista, en que, como es costumbre, se procura disminuir las pérdidas propias y aumentar las del enemigo, pero de todas maneras, y sin que esa noticia pueda aceptarse como la verdad absoluta, y sólo como un cálculo aproximativo, se viene en conocimiento del número espantoso de víctimas que costó á México la descabellada empresa del déspota francés.

crítico aun de los hombres más filósofos y estudiosos nos consideraba como á ciertos pueblos asiáticos, presa de las más absurdas supersticiones, hundidos en la más completa ignorancia y entregados á la más sangrienta barbarie. Después del Barón de Humboldt, á quien México tendrá que erigir una estatua como prueba de su gratitud, y de Ward, primer agente diplomático de Inglaterra, los escritores y los gobiernos más benévolos concedían á México un hermoso suelo, un suave clima, una gran abundancia de minas. Todo es bueno en México, añadían, menos las gentes.”<sup>1</sup>

Calumnias crueles se lanzaban contra los mexicanos, á quienes se juzgaba como bárbaros é ineptos, ignorantes y malvados, y á los que según el sentir de nuestros *imparciales* censores, había que aplicarles un Gobierno fuerte y despótico, pues que las ventajas de la civilización, y los goces de la libertad, y las garantías de un sistema representativo eran frutos sobradamente delicados para una población tan grosera y tan bárbara.

Estas eran las apreciaciones que se hacían de nosotros en el extranjero, y que se repetían á diario en los gabinetes de Paris, Londres y Madrid y en los principales periódicos de esos países, donde la prensa se había hecho el eco fiel de tan punibles y absurdas imposturas, muy difíciles de desmentir por entonces, pero que los hechos se encargaron de hacerlo, pasado algún tiempo, refutando victoriosamente tan ridículas cuanto gratuitas consejas, pues se vió con asombro:

Que un pueblo sin ejército, sin elementos de guerra, sin educación militar, y careciendo hasta de los recursos más indispensables para la vida, desafió hasta vencer el poderoso elemento extranjero y á sus aliados los traidores, que en gran número le prestaron una eficaz cooperación:

Que un Juárez, tipo perfecto del ciudadano, lleno de abnegación, de entusiasmo y de fe, jamás desesperó del triunfo de la causa nacional, llevando muy alto la bandera de la Independencia hasta volver á colocarla victoriosa y aclamada en las almenas del Palacio de los Motezumas:

Que un Escobedo, que llegó á Brazos de Santiago con un solo ayu-

1 Payno. Cuentas y gastos del tiempo de la Intervención francesa y del Imperio, páginas 915 y 916.

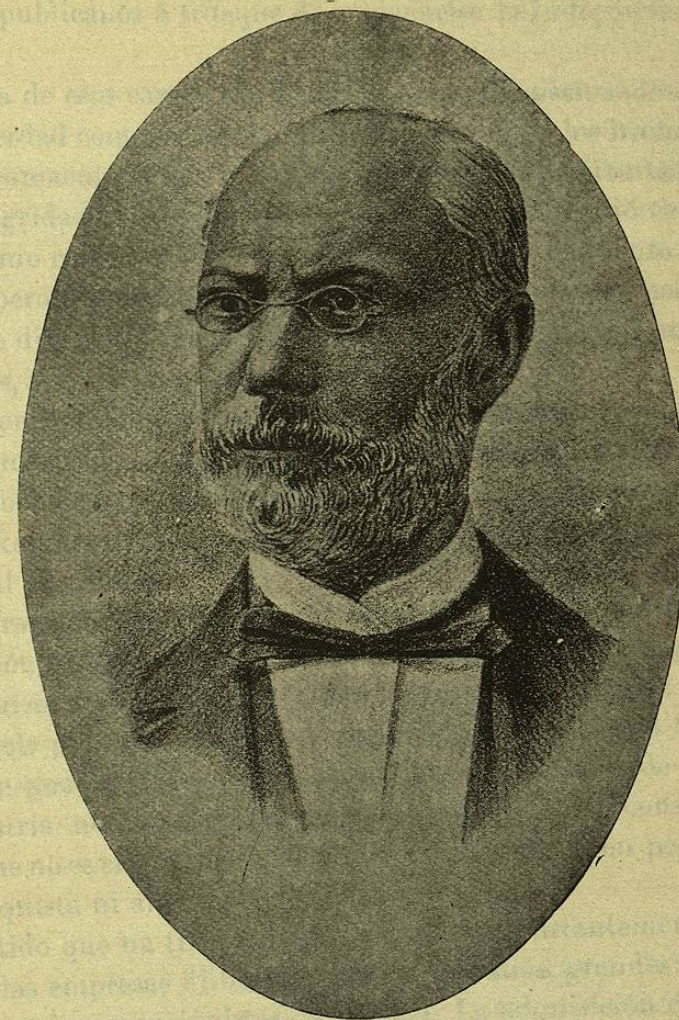
dante, después de hacer una larga y peligrosa travesía por una gran parte de nuestro territorio, pudo, en virtud de una decisión heroica y de un patriotismo acrisolado, allegar recursos, levantar tropas y dar acciones tan notables como las de Santa Gertrudis y San Jacinto, ocupar el puerto de Matamoros, expeliendo de allí á los traidores, y poner un sitio memorable á la ciudad de Querétaro, que fué la tumba de la monarquía y el término de la usurpación extranjera:

Que un Corona, tan intrépido cuanto inteligente, asociado á caudillos del temple de un Rosales, de un Rodríguez Rubí, de un Angel Martínez, de un Pesqueira, de un García Morales y otros de este jaez, haya humillado la arrogancia francesa en los Estados de Sonora y Sinaloa, obteniendo triunfos sorprendentes que le valieron una fama merecida y un justo renombre:

Que un Régules, y un Riva Palacio, y un Nicolás Romero, y otros campeones de la causa liberal hayan hecho prodigios de valor, de entereza y de civismo, ejerciendo actos de generosidad admirable en el Estado de Michoacán, considerado como el Monte Aventino de la libertad, y donde se mantuvo siempre vivo y ardiente el fuego sagrado de la Independencia.

Y en el rumbo de Oriente: Alejandro García, y Méndez, y Bonilla, y Fernando Ortega, y Alatorre, y Andrade Párraga, y Manuel Ferrer, y Lara, y Zamudio, y Lázaro Muñoz, y Luis P. Figueroa, y Juan Francisco Lúcas, y Ramón Márquez Galindo, y Juan Ramírez y Doroteo León y otros muchos formaron una lucida pléyade, que hizo morder el polvo al invasor y sus aliados, y que llevó á cabo acciones dignas de la antigüedad; y sobre todo, Porfirio Díaz, que escapado de la prisión de Puebla, vuela al combate á la cabeza de un puñado de valientes, y animado por su bizarría y vehemente amor á la patria, improvisa ejércitos, reanima el espíritu público, da combates como los de Miahuatlán y la Carbonera, asaltos como los del "2 de Abril," que apresuró la caída del Imperio; que hace rendir la Capital de la República, en la que entra victorioso, y donde se hace admirar por su modestia, honradez y austeridad de costumbres, y por su virtud republicana, renunciando á raíz del triunfo, el mando del cuerpo de ejército de Oriente, que él había formado, y al que la República era deudora de distinguidos é inapreciables servicios.

Y aquí es oportuno hacer una rectificación:



*Francisco M. Gálvez*